

«Así, pues, apenas hemos comenzado á gustar en paz la alegría de verle restituido á la vida, Dios nos amenaza con una prueba tal vez más cruel que la que hemos tenido hace algunos días.»

Acabamos de ver cruzar por la mente del Párroco de Ars un deseo que fué el de toda su vida, y muchas veces hemos sido testigos del temor que ese deseo inspiraba á sus feligreses. Lo que no había sido hasta entonces más que temor lejano, llegó á ser bien pronto una desgracia presente.

Después de la curación de Vianney, la peregrinación se aumentó de una manera prodigiosa: parecía que todos á porfía, peregrinos y feligreses, querían indemnizarse de la privación que habían experimentado, por un exceso de amor y de veneración hacia el santo Párroco, y por el vivo deseo de verle continuamente.

Teniendo en consideración Monseñor Devie los excesivos trabajos bajo cuyo peso había sucumbido ya más de una vez el Párroco de Ars, comprendió la necesidad de darle un Coadjutor; pues dejarle solo con un trabajo evidentemente superior á las fuerzas humanas, era tentar á Dios y pedirle milagros. Por esto, muchas veces el presbítero Raymond, cura de Savigneux, se había ofrecido á su Obispo, y manifestándole deseo de asociarse al ministerio del santo Párroco. Aceptando Monseñor Devie el ofrecimiento, y dando á Vianney un auxiliar de su gusto en la persona del sacerdote que le era más querido, creyó le haría renunciar á sus proyectos de retiro; pero es posible que esta circunstancia haya producido un efecto contrario, precipitando el suceso. Así parece, en efecto; pues viendo el Párroco de Ars á su lado un

sacerdote joven y fervoroso, á quien consideraba más capaz que él, creyó que, dejando la parroquia en manos muy hábiles, podía retirarse al rincón desconocido en que había soñado tanto tiempo para ocultar su humilde vida.

La más fuerte de todas las inclinaciones de nuestro santo, la más perseverante y la más extraordinaria, dada su vocación, fué su tendencia á la soledad. El tiempo de su vida que recordaba con más ternura y amor, era aquel en que, siendo pastorcito, frecuentaba, guardando su pobre rebaño, el oscuro y tranquilo valle de *Canta-Mirlo*. Más de una vez hemos visto que se animaba su rostro y se llenaban sus ojos de lágrimas con ese dulce y tierno recuerdo. Acaso en tal entusiasmo había algo de intemperancia, y el demonio se servía de ella para tentarle, según él mismo confesaba; pero es lo cierto que ese mismo exceso prueba la fuerza del atractivo que indicamos. Cenobita por este lado y apóstol por todos los demás, tuvo que sostener un gran combate, que le hizo sufrir mucho durante el tiempo de su larga carrera. Ciertamente que mortificó su inclinación, que la resistió, que la combatió; mas sin hacerla morir y teniendo que luchar contra ella toda su vida.

Posible es también que haya habido en todo eso una disposición secreta y adorable de la Divina Misericordia. Sacrificando su gusto á la obediencia y su placer al deber, tenía el Párroco de Ars ocasión de vencerse á toda hora, y de dominar su juicio y propia voluntad. Siguiendo la tendencia hasta donde era compatible con su vocación, tenía el medio de ser un hombre contemplativo en la vida activa, pues formaba en su interior una soledad y tranquila celda. De

este modo las continuas retiradas de su corazón á esa íntima Tebaida, eran como salvaguardia contra los asaltos de la multitud, que le encadenaba por medio de su ministerio.

Por otra parte, no se notaban en él esos signos por los cuales se revela la debilidad de nuestra naturaleza. Lo que le inclinaba al retiro no era la melancolía, ni el marasmo, ni el cansancio, y mucho menos el horror al trabajo. En esa inclinación de su alma había un misterio difícil de ser comprendido por los que no conociesen lo profundo de su humildad. Si le preocupaba la Trapa y el desierto, era porque creía hacer un beneficio á los demás y á sí mismo. Si hubiera creído poder servir de algo en este mundo, hubiera estado firme en su puesto; mas tenía la íntima convicción de que era inútil para todo, que todo lo echaba á perder, que nada sabía decir ni hacer de un modo conveniente, y que era para la Iglesia una verdadera carga. Dominado por esta idea, hija únicamente de su profunda humildad, resolvió alejarse de la parroquia, y el 13 de Septiembre resonó en toda la población esta triste voz: «*Nuestro santo Párroco se ha marchado*: nos ha dejado á la una de la noche; mas ¿adónde ha ido? No se sabe; lo que sí se sabe demasiado es que se ha ido probablemente para no volver.»

He aquí lo que sobre esta misteriosa desaparición nos dice la fiel Catalina:

«Dominado el santo Párroco por la idea de retirarse de su parroquia, á fin de prepararse con ejercicios de penitencia para morir santamente, en la noche del 11 al 12 de Septiembre puso en ejecución el pensamiento que le preocupaba hacía mucho tiempo. A

«nadie había hablado del proyecto, y únicamente en la víspera de su partida nos le manifestó en su casa de la *Providencia*, recomendándonos el secreto. Pero una persona extraña á la casa que se hallaba á la puerta, oyó, por una permisión adorable de Dios, la conversación del santo Párroco, y esto fué suficiente para que se hiciese público su pensamiento. Con este motivo se extendió por el pueblo el rumor de su partida, se nos pidieron informes, y aunque se dudaba de la verdad, muchas personas estaban en guardia, y otras se habían propuesto velar toda la noche. Tal era la disposición de los ánimos cuando, entre la una y dos de la mañana, súbitamente se descubrió una pequeña luz, y el señor Párroco que salía de casa por una puerta trasera. La multitud de personas que esperaban alrededor de la iglesia el momento de que se abriese para entrar, comenzaron á correr; el santo Párroco corrió también; los que le seguían querían hablarle; muchos le suplicaban se dignase bendecir algunos objetos de devoción; pero él continuaba su camino sin atender á nadie ni hacer caso alguno. Llevaba únicamente el pañuelo que contenía un amuda y su bolsillo exhausto.

«En la elección de su itinerario hizo lo que el desertor ó contrabandista: dejó el camino ordinario, y dió una gran vuelta por Neuville y Poleymieux, para desorientar á los que temía le siguiesen en su huida. Cuando llegó á Dardilly tenía los pies estropeados y heridos hasta tal extremo, que se vió en la precisión de hacer cama.»

Una carta, fecha 16 de Septiembre, completa la anterior relación. Dice así:

«Os he dado cuenta de la huida de nuestro Párroco

«el mismo día que se verificó. Desde entonces hemos perdido la esperanza que nos quedaba aún. El santo hombre cree huir así del concurso que le asedia, y de la especie de celebridad que le persigue. Su humildad no le deja ver que le sucederá lo mismo dondequiera que vaya, sea cualquiera el lugar que elija para su retiro. Llevado de su celo el Sr. Garets, é invirtiendo los papeles de la parábola, ha sido una oveja la que ha marchado, sin perder tiempo, siguiendo la huella de su pastor: caminó diez leguas en el día, y para desgracia suya supo, al llegar, que nuestro Párroco había salido una hora antes, sin decir adónde iba, ni el tiempo que duraría su ausencia. Tuvo que contentarse con escribirle desde el mismo Dardilly una carta, que el santo recibió en la expresada población.»

Hemos sabido por el mismo Sr. Vianney que dicha carta le había hecho honda impresión, y que la había leído muchas veces; no había, pues, dejado á Dardilly, como se había creído. Tan pronto como llegó á casa de su hermano, comenzó la vida penitente y mortificada de antes; y después de haber recibido algunas visitas de personas conocidas ya de antiguo, á las que correspondió con la cortesía y bondad que le distinguían, sólo salía de casa para ir á la iglesia. El mismo día en que Garets llegó en busca de él, previendo Vianney los esfuerzos que había de hacer, se propuso evitar la entrevista, porque temía le hiciese traición su corazón y le faltasen fuerzas para resistir á sus súplicas. Por esto tomó el partido de desaparecer pronto, sin decir adónde iba; y para evitar el que se mintiese, advirtió á su sobrino que dijese á los que preguntasen por él que no sabía dónde estaba.

Otra carta recibió también el señor Párroco de su digna hija Catalina, única que estaba en el secreto: á ésta nada ocultaba, porque nada debía temer de un alma formada en la escuela de la más dulce y perfecta obediencia. Nadie sufría tal vez más que ella por la ausencia de su buen Párroco, y, á pesar de eso, no pedía al Señor sino que se cumpliese su santísima voluntad. Suplicaba á su director, en nombre de Dios, que cuidase de su salud, y le informaba, en fin, de los reiterados pasos dados cerca de Mons. Devie por el presbítero Raymond para regularizar la situación y hacerle regresar á su parroquia. No habiendo hallado éste al Prelado en Bourg, se fué hasta Belley; y de allí volvió con dos cartas, de las cuales una, dirigida al señor de Garets, contenía un período en el que Mons. Devie decía:

«Diga al buen Párroco que mi deseo es que permanezca en Ars, á pesar de los motivos que cree tener para ir á otra parte. Espero que accederá á mis razones; mas, para no estrecharle demasiado, le indico otros dos puestos en donde podría colocarle. Hace algunos años tuvo el proyecto de alejarse de Ars, y pude hacerle desistir adoptando iguales disposiciones que ahora. Por esto espero obtener el mismo resultado. Vuestras instancias, las de vuestros convecinos y de los Curas amigos contribuirán, según creo, á hacerle regresar á su parroquia; pero, en todo caso, puede estar persuadido de que jamás le permitiré separarse de la diócesis de Belley: eso sería perder un tesoro.»

Sin embargo, Ars no estaba ya en Ars, ó al menos su peregrinación estaba en Dardilly. Garets llegó allí el 14; y desde el 15, no tomando ya Vianney tan-

tas precauciones para ocultarse, los peregrinos que le habían seguido desde Ars, y otros muchos, con inclusión de su parentela, afluyeron en número tan considerable, que el buen Párroco se vió precisado á pedir autorización al Arzobispo para oír al menos las confesiones comenzadas en Ars.

Habiéndose sabido en Lyon la estancia del santo Párroco en Dardilly, llegaron el domingo numerosos grupos de dicha ciudad, donde el entusiasmo por él fué siempre extraordinario. También llegó un ómnibus de Ars con su contingente; y como la afluencia aumentaba de día en día, el embarazo de los parientes del venerable Párroco en presencia de un concurso tan extraordinario le hizo reflexionar, é influyó mucho en su determinación. Por otra parte, el señor Raymond se hallaba en Dardilly desde el sábado 16 de Septiembre, resuelto á no omitir medio para realizar su misión, restituyendo á la diócesis de Belley el tesoro que estaba en peligro de perder. El buen señor no dejó de conocer que esta victoria diplomática sería vivamente contrariada. Tan pronto como se enteraron de su proyecto, fué objeto de una desconfianza universal. Los habitantes de Dardilly trabajaban en secreto para ocultar al santo Párroco, y pensaban pedirle más tarde para ellos. Desde los primeros pasos se halló Raymond embarazado por esta trama sabiamente urdida, y en todas partes recibía respuestas dilatorias y se le miraba con sospecha. Con gran trabajo, á fuerza de maña y de perseverancia, y poniendo en juego todos los resortes de su política, pudo conseguir, después de dos días, acercarse al Párroco de Ars. El resultado de la entrevista fué citarse para el día siguiente en casa de un compañero de cierto pue-

blo próximo: desde ese momento estaba ganada la partida. Despidióse Raymond del señor cura de Dardilly, en cuya casa estaba hospedado; éste le acompañó hasta una distancia regular, fuera de los confines de su parroquia, para asegurarse bien de que no era una retirada simulada, y que no había que temer una vuelta ofensiva por parte del negociador.

El lunes temprano despertó á su hermano el señor Vianney, le manifestó su proyecto, y le rogó se dignase acompañarle. Se pusieron en camino al amanecer para no llamar la atención de los habitantes, que estaban alerta. Tan estropeado se hallaba el señor Párroco de Ars por los esfuerzos que había hecho para llegar á Dardilly, que le era imposible viajar á pie. Por esto, su hermano mandó ensillar un caballo, que él mismo llevaba de la brida, hasta que llegaron á la entrada del pueblo de Albigny, lugar de la cita. Despidiéronse los dos hermanos, y el señor Párroco de Ars se presentó solo á Raymond, que le esperaba con impaciencia; después de haber celebrado la santa Misa, salieron juntos para visitar la capilla de Beaumont, adonde Monseñor Devie proponía que el santo Párroco trasladase su residencia.

Mucho sufrió en el camino el pobre fugitivo, porque apenas podía andar, y no le fatigaba menos el duro movimiento y los vaivenes de un mal vehiculo que se habían proporcionado. Al pasar cerca de cierta iglesia, el señor Párroco de Ars dijo á su compañero: «Entremos un momento.» Bajaron los dos viajeros, se arrodillaron para rezar una parte del Oficio Divino, y cuando se levantaron para salir, vieron con sorpresa que la iglesia estaba llena de fieles, cual si se les hubiese llamado á toque de campana. Aprovechando

tan oportuna ocasión, Raymond dijo á su santo compañero que era preciso dirigiese la palabra á aquellas buenas gentes. Lo hizo, en efecto, Vianney con tanta gracia y unción, que todos quedaron edificados.

A poca distancia se detuvieron después en una parroquia próxima á Beaumont, para pasar allí la noche; al día siguiente, cuando amanecía, dijeron Misa los dos en el viejo y rústico santuario de la Madre de Dios. Hallábanse dando gracias juntos, cuando, aproximándose Vianney al oído de Raymond, le dijo súbitamente y en tono resuelto: *Volvamos á Ars*. En seguida se alquiló un coche hasta Savigneux, y en esta última parroquia, mientras el santo Párroco descansaba y reparaba sus fuerzas, Raymond despachó con urgencia á su criado para anunciar á los habitantes de Ars que en breve iban á tener el gusto de saludar á su amado Pastor.

Tan pronto como llegó la buena nueva, toda la población se puso en movimiento, y con tal impaciencia, que es difícil describir. Iban y venían unos, otros se cruzaban, se formaban corrillos y se preguntaban mutuamente: «¿Viene el señor Párroco?» Esta palabra se repetía en todo el pueblo; la plaza se llenó de gente, los obreros dejaban su trabajo, los trilladores abandonaban la era, y las mujeres dejaban sus ocupaciones... Se habían colocado á lo largo del camino, para avisar de lejos la llegada del santo Párroco; la multitud se dirigía con preferencia á los sitios más altos, desde donde podría vérselo con más facilidad. Por fin llegó el momento deseado: ¡*Allí viene el Santo!* dijo una persona en voz alta; y ese grito de alegría se repetía sin cesar. La población en masa se precipitó á su encuentro, y cada uno quería

ser el primero en saludarle: era un espectáculo sorprendente, un alegre desorden, una expansión y una confusión inauditas. Unos lloraban de alegría, y otros se arrodillaban á sus pies para que les diese la bendición. Cuanto más se humillaba el venerable Párroco, con tanto más entusiasmo se repetían las demostraciones de respeto. Unos le besaban los pies, otros hacían esfuerzos para tocar su sotana, y la mayor parte derramaban lágrimas de alegría y se encomendaban á sus oraciones.

Entonces dió el santo Párroco vuelta á la plaza, apoyado en el brazo de Raymond, y bendiciendo á sus feligreses. Cuando le fué posible desembarazarse de la multitud que le asediaba por todas partes, entró en la iglesia é hizo la oración de la tarde con asistencia de todos sus feligreses, creyéndose éstos felices por tener la satisfacción de ver consigo á su Pastor, y retirándose llenos de alegría y de reconocimiento.

